



Boletín Eclesiástico

- del -

- Obispado de Chihuahua -

Número Especial

dedicado á la 

Excelza Patrona de México
María Santísima
de Guadalupe

- - - Diciembre 12 de 1908 - - -

CHIHUAHUA .

GRANDES TALLERES DE "EL CORREO"

1908

Boletín Eclesiástico

del Obispado de Chihuahua

SUMARIO

La Aparición de la virgen de Guadalupe. [colaboración].—La Sma. Virgen de Guadalupe y el sacerdote católico en México, en la época actual del R. P. Labrador S. J.—La Virgen de Guadalupe y la acción católica en nuestros días, [por la Redacción].—El Culto Guadalupano y S. S. Pío X. [colaboración].—No morirás, por Rómulo Diaz, S. J.

La Aparición de la Virgen de Guadalupe.

Aun no se disipaban por completo las espesas sombras que había esparcido la sangrienta idolatría sobre la infortunada raza azteca; aun no se apagaba en muchos pueblos del floreciente Anáhuac el voraz incendio comunicado por la guerra de conquista; todavía el imperio de Moctezuma era oprimido por las desenfrenadas ambiciones de perversos encomenderos, hombres malévolos que, destituidos de todo sentimiento humanitario y religioso, odiaban al Obispo, le amenazaban con la muerte, calumniaban á los religiosos y convertían á los indios en bestias de carga: cuando el inenarrable prodigio de la Aparición Guadalupana, llenó de luz esplendorosa los tristes fastos de la naciente Iglesia de la Nueva España.

Un prodigio sobrenatural apareció en el diamantino cielo de nuestra patria: el 9 de Diciembre de 1531, fué el señalado por el dedo del Omnipotente, para que la Reina inmortal del Paraíso, dejando momentáneamente la compañía de los Arcángeles, viniera á santificar con sus virginales plantas las escarpadas rocas del solitario Tepeyac.

Un indio humilde, llamado Juan Diego, que pasaba en la fecha indicada por la falda de aquella montaña, para ir al pueblo de Tlalteloleo, hallóse gratamente sorprendido por un dulce y sonoro canto, que semejante á los melodiosos trinos de multitud de pajarillos, se escuchaba en las cumbres de aquel cerro, repercutiendo con inefable suavidad en todas las sinuo-

sidades de los flancos. Alza la vista al lugar donde creía que se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, bordeada en su perfilado contorno de un hermoso Arco-Iris de diversos colores, formado por la claridad excesiva que irradiaba en medio de la nube. Vió en el centro de aquella claridad, una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy vemos en su bendita Imagen. Su rostro brillaba con un fulgor tan intenso, que al herir sus rayos sobre los peñascos brutos, reflejaban las multicolores tonalidades de prismas cristalinos transparentes. Haces de finas esmeraldas recamadas de rutilantes luces, parecían los endémicos brazos de las zarzas y espinas, y sus troncos y hojas que semejaban al oro bruñido y reluciente, se destacaban sobre un pavimento de finísimo jasper, matizado de irisados colores.

Aquel neófito sencillo, cuyo espíritu se abrazaba en amor á la divina Madre, tuvo la dicha de contemplar á la Mujer apocalíptica vestida del sol, la luna debajo de sus pies y circuida su cabeza con diadema de doce estrellas. Pero más dichoso que el Aguila de Patmos, pudo escuchar de sus divinos labios estas palabras: "Hijo mío, Juan Diego, á quien amo tiernamente como á pequeñito y delicado, ¿á donde vas?—Sábetelo, hijo mío muy querido, que soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios... y es mi deseo se me labre un templo en este sitio, en donde como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, manifestaré mi maternal clemencia y la compasión que tengo de los naturales y de todos aquellos que en este sitio solicitasen mi amparo." Pide se le labre un templo en el Tepeyac, así como en tiempo de San Liberio Papa, pidió á Juan Patricio Romano, se le construyera un templo en el collado Esquilino en Roma.

Allí, donde la sanguinaria Tonantzin se embriagara con la sangre de los sacrificios humanos, en los tiempos fatídicos de la idolatría; hizo el Señor ostensible la virtud de su excelsa diestra, levantando la gloria de su Madre, para vincular con los sublimes intereses de su amor inmenso, la realización de nuestros destinos, que acarrearán por fuerza la felicidad de nuestra patria.

Quando Dios interviene en las obras de la creación, suspendiendo por algún tiempo las leyes naturales, dejando los amplios senderos del orden común, para pasar con su misericordia por las estrechas veredas del prodigio; lo hace por dos razones: vencer al mal en su propio triunfo y confirmar el bien por evidentes manifestaciones de su poder divino.

El monstruo del politeísmo tenía entre sus fauces una gran parte del pueblo mexicano; pero el milagro de la Aparición le rompió los dientes; todo parecía perdido en los aciagos tiempos

que precedieron al milagro; pero éste repentinamente lo salvó todo.

Si la religión de Cristo hubiera prosperado con viento bonancible, si las fatigas de los virtuosos misioneros hubieran dominado por completo la índole, costumbres é inclinaciones de los indios, si las doctrinas salvadoras no hubieran encontrado tanta resistencia entre los mitos gentílicos; el rayo de la intervención del Soberano habría sido completamente inútil y México no contaría tan inefable portentoso como la primera gloria de su historia; más porque la salvación parecía imposible, porque las brumas de la incredulidad se hacían cada vez más densas y el granizo de la desolación caía por momentos, más pesado y destructor y el Bien, que es el mismo Dios, se hallaba en cierto modo comprometido; fué preciso que el Altísimo manifestara la omnipotencia de su brazo.

Dios, el mundo y el hombre, eran los intereses que estuvieron en abierta lucha. Las ambiciones inmoderadas, las venganzas crueles, las espantosas voluptuosidades y las blasfemias horribles, eran medios completamente refractarios para implantar el Cristianismo; Dios lo impuso á golpes de milagros. Estos atravesaron cual dardos fulminantes las yermas heredades de la naciente fe. Como los continuos y múltiples relámpagos de una tempestad tropical, iluminaron los tenebrosos campos del Anáhuac, trajeron una lágrima á los ojos, una gota de sangre al corazón y robustecieron las vacilantes creencias de nuestros antepasados.

Como las estrellas que apenas fulguran entre la obscuridad de un cielo borrascoso, nos convidaron de plácida calma, con la seguridad de que la Virgen Indiana se hallará á nuestro lado. Cuando la desesperación se apodera del alma y la blasfemia llega á las puertas de la conciencia, Ella se muestra solícita y bienhechora para librarnos de tales amarguras.

Su celestial Imagen es la prenda inequívoca de su protección; de allí corren raudales abundantes de gracias y consuelos.

El nuevo Sinaí que señaló la Virgen para promulgar las leyes de su amor y difundir sus inmensas misericordias sobre el predilecto pueblo mexicano, fué donde el espíritu de las tinieblas había sentado su tenebroso alcázar, para perder innumerables almas. En esto vemos una brillante aplicación del plan divino, realizado en tiempo para la salvación del género humano: el hombre fué vencido por el dragón, desde el árbol del Paraíso; pero éste fué confundido más tarde por el Hombre-Dios, desde el árbol de la Cruz.

Esa colina de singular predilección, santificada con las tres apariciones, marcadas con el sello de lo sobrenatural; debería presenciar más tarde el insigne desarrollo de un portentoso ma-

yor, que coronara cumplidamente los designios eternos.

El 12 de Diciembre de 1531 al despuntar el alba, pasaba nuestro humilde neófito, por la falda de la montaña del Tepeyac, cuando favorecido por la cuarta aparición de nuestra Reina, le manda que suba á la cumbre de la colina y allí recoja algunas flores de las muchas que encontraría. El indio obedece aquel mandato y cuando regresado á la montaña se presenta en el lugar donde le esperaba la Emperatriz del cielo, muéstrale las flores, Ella las toca con ambas manos y le ordena que se presente ante el V. Obispo Zumárraga, llevándole aquellas preciosas señales de su aparición milagrosa y sobrenatural. Marcha el neófito sin dilación á la ciudad de México, y estando en la presencia del Apóstol de los mexicanos, le descubre aquel magnífico presente y al desplegar su manto, cayeron de su regazo las flores que llevaba, apareciendo pintada en aquella tosca tilma, la celestial Imagen Guadalupeana, tal como la veneramos hoy en su insigne Basílica.

Esas flores recogidas por Juan Diego, muchas en número, de exquisita fragancia y variado primor, fueron sin duda milagrosas, dada la inclemencia de la estación, que era el rigor del invierno, tiempo en que, según las condiciones geológicas y topográficas del Tepeyac, era imposible recoger flores, porque hallándose formada esa montaña, por la agrupación de peñas desnudas por completo de vegetación, no podía producir otra cosa que mezquites, espinas, abrojos y zarzas.

La situación de aquella colina, teatro del insigne milagro, es al Norte de México, circunstancia nada favorable á la producción de flores, porque como escribe el P. Torquemada, en su Monarquía Indiana: "La mayor parte de estas tierras que cogen á esta ciudad (de México) al Oriente, Poniente y Mediodía y especialmente las que puede bañar el Norte, son montañas: y esta parte del mismo Norte, es más estéril, desnuda y pedregosa." El Obispo y sus familiares vieron estas flores, viéronlas mexicanos y españoles, cuando fueron expuestas en el Colateral de la mano izquierda de una de las iglesias.

La curación instantánea del moribundo Juan Bernardino, en el momento que la Virgen aseguró á Juan Diego que su tío había recobrado perfectamente su salud; confirma el milagro de las Apariciones de la Reina de los mexicanos.

Los favores celestiales que han enaltecido el prestigio de otros varones ilustres, escogidos por el cielo para que sean los mensajeros de la voluntad divina, se hallan acumulados en el indio humilde con palpable claridad: paso por alto la similitud tan perfecta que tiene la milagrosa Aparición Guadalupeana, con la de la Virgen del Rosario á Santo Domingo de Guzmán, cuando le dió su Rosario: igual semejanza nos ofrece

la aparición al B. Simón Stock, General de los Carmelitas, cuando le dió el Santo Escapulario, no menos analogía nos presentan las que se hicieron á Bernardita en Lourdes, á la B. Juliana de Lieja y á la B. Margarita, encaminadas á propagar las devociones de la Virgen de Lourdes, del Corpus y del Sacratísimo Corazón de Jesús. Todas éstas; aunque admirables y tiernas en sumo grado, no son testimonios tan elocuentes del amor de nuestra dulce Madre, como su singular aparición en la Imagen de Guadalupe, prenda inefable de tanto amor y de clemencia tanta, que en un transporte de febril admiración hizo exclamar al inmortal Pontífice Benedicto XIV, que regía entonces los destinos de la Iglesia: "Non fecit taliter omni nationi." No concedió tal privilegio á otra Nación."

Así es en realidad, todo es admirable en esta milagrosa Aparición, por esto no vacilo en comparar al ínclito Juan Diego, en la primera Aparición, con el gran Moisés, caudillo del pueblo escogido que desde la ardiente zarza que no se consumía, recibió la orden divina de presentarse á Faraon y pedir la libertad de los hijos de Israel; así la Virgen habla á nuestro neófito desde el concierto de la montaña y le ordena que se presente delante del V. Zumárraga pidiendo la construcción de su santuario.

La humilde embajada del Serafín de Asís, ante el Vicario de Jesucristo, Honorio III pidiéndole en nombre de Dios su autorización apostólica, para hacer extensiva la célebre Indulgencia de la Perciúncula, es una brillante semejanza que nos presenta el ferviente Juan Diego, cuando en nombre de la Excelsa Reina se presenta ante el Obispo Zumárraga solicitando la fabricación de un templo.

San Macario, aquel insigne Obispo de Jerusalem, que acudió á las preces y á los ayunos, para obtener del cielo alguna señal milagrosa que le asegurase cuál era la verdadera Cruz del Salvador; nos presenta una elocuente semejanza, con el sabio y prudente Obispo Zumárraga, quien recibió por conducto de Juan Diego las flores milagrosas enviadas por la Patrona de los mexicanos en testimonio de su singular aparición.

¡Qué conjunto de maravillas han acompañado á tan grandiosos prodigios! Una montaña, teatro en otro tiempo de los cultos idolátricos, hoy se halla ennoblecida, con la presencia de una hermosa Basílica; dosel magnífico fórmanle los cielos cuando desgajan el ondeante cortinaje de blanquísimas nubes, que envuelve con niveos cendales sus esbeltas torres. Las tempestades que se abaten sobre sus modeladas formas, sublimes creaciones del amor profundamente cristiano; el rayo que

se apaga en sus graníticas murallas; el rojizo relámpago que serpenteando con fulgor siniestro, retrata por instantes su vaporosa silueta y el llanto de la tierra, que brota con el rocío de la mañana, sobre los pétalos de las flores; son las notas que forman el himno inmortal entonado por la naturaleza.

Allí donde descansa el prodigio de su amor, está el solio brillante de la Virgen Indiana, donde inspira sus tiernos oráculos, recibe las ardientes plegarias de sus hijos, engaja las lágrimas de los desamparados y derrama consuelos infinitos sobre los atribulados corazones. Esa Colina santa, más admirable que el Tabor y el monte Sinaí, por haber sido electa y santificada con la gloriosa presencia de la Madre de Dios y más aún; con la señal permanente de su misericordia, legada en su celestial Imagen; debe ser mirada por los mexicanos como la más completa realidad de aquella visión misteriosa que llenó de consuelo el ánimo del Salmista, cuando nos dice con sentido plectro: "levanté mis ojos hacia la montaña de donde me vendrá el auxilio que espero."

Esa montaña santa es el legendario Tepeyac, donde contemplamos el Santuario Guadalupano, maravilloso por la gracia y la riqueza. Bajo las espaciosas bóvedas en que los primores del arte rivalizan con los destellos de la luz, en el seno de soberbios tecalis y mármoles de gran precio, en un ambiente embalsamado por el incienso y tembloroso con las dulces vibraciones de un órgano gigante; los mexicanos agradecidos y fervientes enseñan al peregrino la divisa de Nuestra Señora de Guadalupe: "Posuerunt me custodem:" "Me han puesto por custodio suyo."

Esta imagen celestial colocada en un finísimo marco, en el sitio de honor de su santuario, está muy lejos de permanecer ociosa, envuelta en su manto que cintila vivamente sobre los esplendores de un sol primaveral. Recoje su divina mirada sobre las agitadas palpitations de su amoroso pecho, como atrayendo al devoto mexicano, que libre en el naufragio de la vida, acude al llamamiento de su Madre con el llanto en los ojos, aunque se sangren sus desnudos pies con los filosos guijarros de la estéril colina.

Grandes peregrinaciones empujadas por el oleaje de la piedad filial, invaden diariamente su majestuoso templo, para cantar entre otros triunfos debidos á su piedad excelsa, el insigne milagro de la conservación y florecencia de nuestra fe, á pesar del mortífero veneno que inoculan las doctrinas sectarias entre todas las clases de la sociedad.

En los grandes movimientos del pueblo mexicano, en que se embriaga el alma con el incienso de la plegaria y se humedecen los ojos á impulsos de la ternura; el aire vibra y las al-

mas se estremecen, cuando resuenan en los ámbitos de aquella majestuosa Basílica los sublimes acordes de los cantos de la Virgen.

Es que la imagen de María de Guadalupe, derrama beneficios, sobre nuestra patria; los esparce en los hogares que preside y enriquece con ellos á las almas en que la piedad le reserva un lugar de honor.

El llanto amargo que causa la desesperación de una madre, es una imagen pálida de la orfandad del alma, cuya piedad y paz no están bajo la protección de María. En México, lugar en que la grande hornaza de la vida separa por una ebullición candente el oro fino de las virtudes, de la inmunda escoria de los vicios; podemos admirar en la insigne Basílica Guadalupana, los admirables triunfos de la Virgen Milagrosa. El peregrino asombrado por el ruido mundanal, franquea el dintel de ese templo y se observa que una vaga y misteriosa impresión le domina repentinamente. No es el horror á los templos que daba fuertes calosfríos á los paganos; pero es algo semejante. Se dice así mismo: Entre todos estos seres prostrados hay arrebatos invisibles, convulsiones íntimas y estremecimientos sobrenaturales. La vida, la agitación y el tumulto son menos intensos afuera que en el fondo de este santuario, donde las almas desgarradas por la duda, exaltadas por la indecisión ó abatidas por el sufrimiento, contemplan con febriles ansias la prodigiosa imagen, y llenas de filial confianza le descubren las heridas del corazón. "Este lugar es terrible." Aquí María triunfa. Los ojos que lloran, los cirios que chisporrotean y los exvotos de tierna gratitud que se acumulan en las paredes, dan de ello testimonio.

Así María protege á los que están en peligro, sostiene á los que luchan, libra y levanta á los vencidos. Es decir: Ella hace milagros!!

La Santísima Virgen de Guadalupe

y el Sacerdote Católico en México, en la época actual.

Dios ha constituido el sacerdocio para que siga ejerciendo el ministerio que confirió á su Santísimo Hijo Jesús; así es que los Sacerdotes están como el Divino Jesús, en medio del mundo, para enseñar, dar buen ejemplo, perdonar los pecados, ofrecer la Víctima Sagrada, y orar incesantemente por todo él. De modo que la infinita misericordia, queriendo perpetuar el sacerdocio de Jesucristo hasta el fin de los siglos, hizo

que hombres consagrados por el Sacramento del orden, aunque por su naturaleza fuesen vasos frágiles y delesnables, contuvieran el licor suavísimo y eficazísimo de su bondad, en la gracia del Redentor, con que los hombres recibiesen los tesoros de su bondad infinita, y perfectamente se amoldaran al acabadísimo ejemplar de toda Santidad, que es el mismo Jesús.

Ahora bien, á este divino plan ¿no estuvo asociada la Santísima Virgen María, como suprema Corredentora del mundo? Sí, por cierto; y por lo mismo que con el Salvador celestial Ella cooperó á la redención de los hijos de Adán, también con los Sacerdotes quiere Dios que coadyuve para la realización de la misma en todos los que vayan aplicándose los infinitos méritos del divino Jesús por toda la serie de los tiempos.

Esto muy bien lo comprueba la historia de la Iglesia, la conducta de los Sacerdotes y de los seglares, de los príncipes y de los particulares, tomando siempre la devoción hacia de Madre cariñosa como poderoso resorte para abrir los entendimientos y los corazones al conocimiento y afición á la doctrina y gracia de Jesucristo Nuestro Señor, y por ella lograron prodigiosamente arraigar el amor de Dios en los ánimos más indómitos, y unir los caracteres más encontrados, y amalgamar los genios más opuestos. Como que el Creador y Restaurador del hombre no ha querido hacer nada en beneficio nuestro sin tener á su lado el influjo magnífico, de aquella á quien constituyó la depositaria y canal de sus infinitos y amorosos dones.

—Pues, según esto, ¿no será prudente y hasta necesario este recurso para la restauración de la Religión en México?

¿Qué hará el Sacerdote en esta nación si no valerse de la Santísima Virgen María de Guadalupe para que se inflamen los pechos generosos en el espíritu del Salvador?

¡Ah! Bien patente es esta necesidad. Debe, pues, el sacerdote, de un modo particular, inspirarse en el afecto más cordial á María de Guadalupe, y difundir su devoción cuanto más pueda en el pueblo mexicano.

Y si bien ya se ha conocido esta necesidad y se ha puesto en planta este medio, no ha de olvidarse nunca, sin embargo, que aun se puede hacer más, y que la Virgen desea dominar en todos los espíritus y en todos los centros, en todas las naciones, en todos los pueblos y en todas las familias.

El Santo Rosario, que tan buenos frutos siempre ha producido, y que tanto han recomendado los Sumos Pontífices, como eficaz medio para restaurar el espíritu católico en todo el orbe, es muy conveniente se recomiende á los fieles y se ponga en práctica con grande tesón y constancia; lo mismo el ce-

lebrar cada vez con mayor festejo y ternura las fiestas de Nuestra Señora, como el difundir medallas, estampas y otros objetos que promuevan la devoción de la Santísima Virgen de Guadalupe: con todo lo que Dios le inspire para el objeto, debe el sacerdote, por estas comarcas benditas, con extraordinario fervor, y por donde ejerza su ministerio, poner en ejercicio constante, para lograr, por María Santísima y con María Santísima una completa restauración de la piedad y profundo amor á las máximas del Divino Salvador y de la Santa Iglesia.

¡Oh! ¿Cuándo llegará el día en que logremos ver ondear el estandarte de la Madre de Dios, María de Guadalupe, por toda la Nación Mexicana! ¿Cuándo se verá el mágico influjo de la devoción á la Destructora de las heregias, triunfar de las ideas y vicios de la sociedad, que busca sedienta el agua cenagosa de los placeres, tan denigrantes para el hombre, imagen y semejanza de su Criador!

Con la cooperación de los Sacerdotes, bien empapados en el afecto tiernísimo á la Santísima Virgen de Guadalupe, y hechos apóstoles de su devoción, se logrará. Por eso no dejemos de la mano la obra de la promulgación, de la perseverante devoción á María Santísima; tomemos de veras este negocio con ahinco, y el Señor bendecirá nuestros afanes. Sí, á la Virgen de Guadalupe, á la Virgen Santísima, conduzcamos á los fieles. A la Virgen de Guadalupe atraigamos á los descarriados; á la Virgen de Guadalupe ofrezcamos los niños; con la Virgen industriemos á los jóvenes; en la Virgen fortalezcamos á los débiles; de la Virgen hablemos á los ricos; por la Virgen ganemos á los potentados; de su poderoso valimiento y fidelísimo cariño saquemos denodado valor para domar la fiereza de los impíos. ¡Oh! ¿Tiemble el infierno si nos ampara la Santísima Virgen de Guadalupe, puesta de nuestro lado, porque secudamos sus desvelos en favor de los mexicanos!

¡Ojalá quede triunfante el ejército vigoroso de la Virgen de Guadalupe, formado en torno suyo de todos los buenos, que siguiendo á los Sacerdotes católicos, no combaten sino por hacer la guerra á las malas costumbres y depravadas ideas, que sojuzgan la Iglesia de Dios! Entonces se cumplirá: **¡México es la Nación consagrada á María!**

Antonio Labrador y Ruiz, S. J.

LA VIRGEN DE GUADALUPE

y la acción católica en nuestros días.

En lugar de templos y altares establezcamos escuelas y fomentemos la buena prensa.

Creeríamos no cumplir con el muy grato deber que nos impone esta Publicación, encomendada tiempo hace á nuestra dirección y cuidado, ni satisfacer las vehementes efusiones de nuestra personal gratitud hacia la que con justísimos títulos es hoy la Reina y Madre de los Mexicanos, la Santísima Virgen de Guadalupe, si adviniendo la principal fiesta de tan insigne Señora, no dejáramos deslizar la pluma para dar por su medio, público testimonio de nuestra fe en su aparición milagrosa en la escarpada colina del Tepeyac y rendirle, además, el muy sincero y entusiasta homenaje de nuestro filial cariño.

Y, efectivamente, **EL BOLETIN ECLESIASTICO DEL OBISPADO DE CHIHUAHUA** es una publicación netamente guadalupana, cuyas aspiraciones y anhelos los tiene consagrados en el siguiente párrafo de su programa: "La redacción del **BOLETIN ECLESIASTICO DEL OBISPADO DE CHIHUAHUA** se coloca bajo la protección y amparo de Nuestra Madre y Señora, la Santísima Virgen de Guadalupe."

Así es que, sin considerar la medida de nuestras débiles fuerzas, y llevados tan sólo por las atracciones irresistibles de nuestro grande afecto á la Virgen Indiana, hemos dejado correr nuestra pluma para lograr de ensalzarla en su día, y glorificarla de la manera que nos parece más pertinente é indispensable en nuestros días.

Es imposible negar la exhuberancia y extensión del Culto Guadalupano en la República Mexicana. No hay ciudad ni población alguna de importancia en donde no se levante majestuoso algún Templo dedicado por el amor de sus habitantes á la Augusta Reina y Señora. Mas, qué digo, por manera difícil sería encontrar en toda la vasta extensión de la República un lugar el más insignificante que en su desmantelado templo, ó en su vetusta y ruinosa capilla no haya erigido allí, si menos, un altar en honor de su Guadalupana. Y en ese altar, cobijado por vetustos muros y techos deleznales, no se pondrá magnífica indumentaria, ni bronceos candelabros, ni aromá-

ticas gardenias; ni se quemará ante ese altar el fragante incienso del Líbano, mas no le faltará nunca el aromado incienso de la sencilla y fervorosa plegaria, no faltará de aquel altar la silenciosa lamparita, que ardiendo día y noche ante la veneranda Imagen, le testifica el filial amor y la sentida devoción de los habitantes todos de aquel apartado y humilde villorrio.

Y esta acendrada devoción á la Virgen de Guadalupe, y esta fé inquebrantable y ardiente en su prodigiosa aparición en el cerro del Tepeyacatl, no es de hoy, ni ayer tampoco nació; tiene ya centurias de existencia, es decir, trae su origen desde aquel día, de gloriosa recordación para México, en que sus benditas y virginales plantas se dignaron hollar este privilegiado suelo mexicano. Desde entonces, dice atinadamente un erudito escritor, podrá suceder que en la casa de los mexicanos no haya una silla en que sentarse; pero allí hay siempre una Imagen de la Virgen de Guadalupe, y delante de aquella Imagen ¡cuántas lágrimas se vierten! ¡cuántas oraciones se pronuncian! ¡cuántos consuelos se reciben! ¡cuántas esperanzas se alimentan!

El que esto escribe, tiene pruebas fehacientes y palpables de esa predilección y maternal compasión de la misma Santísima Señora! ¡Ella escuchó con tierna solicitud los apremiantes ruegos que le dirigiera en situación angustiosa, en un cuidado de familia, palpando luego su protección amorosa en el pronto y eficaz remedio á su intenso pesar! y... por qué no decirlo á voz en cuello, para publicar aun más sus grandezas: ¡¡Ella, la Santísima Virgen de Guadalupe, obró en su favor un prodigio, un milagro!!

A un insigne protestante americano, refiriéndose al culto guadalupano en México, se le escapó esta elocuentísima frase: "PARA ELLOS (los mexicanos) LA RELIGION ES EL CULTO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE." Sin quererlo, dijo una profunda verdad, dice á este respecto una revista mariana, está vinculado tan estrechamente el amor de la Guadalupana al amor de la religión en este país, que el uno es la medida del otro; y el primer paso hacia la incredulidad es la negación de las apariciones de María Santísima en la cumbre del Tepeyac; y al contrario, toda piedad sincera, sólida y esclarecida tiene como nota característica una devoción filial y ardiente hacia la Madre de los Mexicanos.

Son, pues, inconcusos, innegables, el culto y la devoción de los mexicanos á la Virgen del Tepeyac. Y este culto, y esta devoción serán en el porvenir un riquísimo filón y un venero inagotable de entusiasmos y viriles esfuerzos en pro de la Religión y de la sociedad. Sólo requieren, y hoy por hoy demandan urgentemente el benéfico y bien dirigido impulso, la

acción constante y eficaz del Párroco en su respectiva parroquia, del Capellán en su Templo y de todos los que hemos sido llamados a trabajar en la viña del Señor, á fin de encauzar convenientemente esa corriente de religioso entusiasmo del pueblo mexicano. Muy laudable es, por cierto que, gracias á este contingente, se construyan suntuosos templos, se erijan artísticos altares, se levanten hospitales y casas de beneficencia cristiana en honor y gloria de tan insigne Protectora. Mas si allí se estanca esa vivificante actividad, bien poco se habrá obtenido en verdad, y aun más poco si consideramos las necesidades de la época y las exigencias del momento.

Con efecto, hoy más que templos y culto en ellos, más que altares recamados y suntuosos, más que hospitales y asilos religiosos, necesitamos imperiosamente ESCUELAS CRISTIANAS, templos del saber, donde se imparta instrucción y educación moral y religiosa á la juventud mexicana; á esa juventud desvalida que corre presurosa á beber en las emponzoñadas fuentes de la escuela sin Dios y sin Religión, no porque guste de ese letárgico veneno, ni porque haya renegado de su religión, ni de su amor á la Virgen Indiana, sino porque, ¡oh vergüenza! ¡¡NO HAY ESCUELAS CRISTIANAS!!

Y, ¿si faltan escuelas cristianas, cómo queremos generaciones cristianas? ¿cómo resistir al impetuoso oleaje de incredulidad y corrupción de costumbres reinantes con represas de hojarasca? ¿Cómo pretendemos sustraer nuestros templos y casas de beneficencia a los terribles y desoladores efectos de la demolidora piqueta del fanatismo liberal, si contemplamos impávidos que la generación actual esté nutriendo su inteligencia y su corazón en el odio más refinado á la Religión, á la Iglesia y á sus ministros? Imposible; porque como muy bien dicen los filósofos, puesta la causa, tiene que seguirse el efecto. Por esta razón, al considerar y enumerar el valiente Conde de Mun los desastrosos efectos de la apostasía oficial de la antes católica Francia, de la patria de San Luis, con elocuente energía, y con sobra de razón reprochaba á los católicos franceses haber sido ellos mismos la causa productora de aquellos desastres, que tan amarga, pero tardíamente lamentaban, pues que habían dirigido todos sus esfuerzos á construir grandiosos templos, edificar religiosas mansiones y levantar bien equipadas casas de beneficencia, descuidando ante el enemigo—la escuela y prensa impías—las dos más grandes y poderosas palancas de la Religión y de la sociedad: LA ESCUELA Y LA PRENSA CRISTIANAS. ¡Ejemplo aterrador, pero instructivo, que debe aleccionarnos á los mexicanos para el porvenir de nuestra muy querida Patria!!

Ahora bien, sería irracional é ilusorio pretender dejar es-

ta importante y abrumadora tarea á los Jefes de la Iglesia solamente, esperando nosotros, cruzados de manos, que ellos, quiero decir, los Obispos mexicanos, lleven á feliz término una tan colosal y complicada obra, que demanda urgentemente los esfuerzos coaligados de Jefes, Párrocos, Ministros y seglares. Y en opulentas Diócesis, que no carecen de elementos sacerdotales y pecuniarios, más factible pudiera ser así esta obra, sin el concurso indicado; pero en las Diócesis nacientes, en Diócesis como Chihuahua, que no sólo no tiene excedente alguno en sus arcas, sino que gravita, por el contrario, sobre sus condados y eventuales emolumentos una deuda considerable, (*) que enerva casi por completo sus pequeñas energías; dejar esta magna y dispendiosa empresa al Prelado sólo, es pedir imposibles.

Por eso, dada la oportunidad, hemos querido llamar la atención de todos los Párrocos, y compañeros en el Sacerdocio, como de los católicos en general, sobre tan importante materia, que hoy por hoy conceptuamos de vital interés para nuestra amada Patria, y excitamos el pastoral celo de los señores Párrocos y demás Ministros del Señor, en favor de una obra de cuyo éxito dependerán el fomento y depuración del culto mariano, la defensa de los legítimos intereses de nuestra adorable Religión, á los cuales van vinculados el adelanto y prosperidad de la Patria.

Queremos, pues, y vivamente anhelamos ver establecidas en cada parroquia, si menos una escuela de niños, y otra de

(*) Esta deuda fué contraída en parte por el Ilmo. Sr. Ortíz para la adquisición de la finca que actualmente ocupa el Obispado, y la que hasta hace poco ocupó el Seminario Conciliar, cedida hoy para La Amiga de la Obrera. Se aumentó más tarde por el Ilmo. Sr. Gavilán para pagar obligaciones de la Caja de Ahorros establecida por el mismo Sr. Ortíz y rogente da por él muy respetable sacerdote D. Guillermo Alvarez, por haber resultado en ella documentos que hasta la fecha no han sido pagados aún. Posteriormente volvió á aumentarse aque la deuda de la Sagrada Mitra para proveer al mejoramiento material y d cente del Seminario, y adaptar la finca de la Avenida Ocampo para el Colegio Guadalupano, á lo cual hubo que aumentarse á últimas fechas los fuertes desembolsos é indemnizaciones que por decoro ha tenido que hacer á los P. P. Franciscanos que últimamente sirvieron el templo de San Francisco en esta ciudad: al anterior Párroco de Jiménez y algún otro más, para cubrir créditos que contraieron durante sus administraciones.

A estas fechas y empleando para ello todos los recursos pecuniarios que ha podido allegarse el Ilmo. Sr. Gavilán en su larga visita pastoral, que aun practica, felizmente ha logrado amortizar gran parte de esta deuda.